

UN CAPÍTULO SOBRE LAS IDENTIDADES POLÍTICAS MODERNAS: LA IZQUIERDA A LA LUZ DE LAS TESIS DE CARL SCHMITT

HÉCTOR GHIRETTI

Since it appeared during the French Revolution and for about two centuries, the left/right distinction has been one of the most extended and significant forms of political identity. This pair of synthetic and complex concepts have been a real challenge to political science. The left is the original term of the pair, the one that gives birth to political opposition. Carl Schmitt's concept of the political can be an interesting and provoking theoretical framework to improve our understanding of the left as a political identity.

Keywords: political philosophy, left/right, Carl Schmitt, friend/enemy.

1. POR QUÉ LA IZQUIERDA, POR QUÉ SÓLO LA IZQUIERDA

Como es sabido, en el estudio de la realidad política aparecen tres elementos principales: en primer lugar, los hombres, verdadera causa material de la política, tanto en su carácter de protagonistas (políticos) como en su carácter de inspiradores (pensadores, estudiosos, ideólogos); en segundo lugar, las instituciones, causa formal de la política, en su exuberantemente rica variedad; en tercer lugar, las ideas, tanto en sus formas elementales, que permiten la comprensión de lo político, como en sus manifestaciones proyectivas, doctrinarias o ideológicas.

Una atención sensiblemente menor han recibido las entidades o elementos que no se ajustan plenamente a algunas de las categorías mencionadas. Se trata de formas intermedias, de frontera, de carácter híbrido o reacio a las clasificaciones previas, y que plantean por lo general un desafío adicional para el estudioso. Es el caso de los símbolos, que parecerían encontrarse en una zona intermedia entre las instituciones y las ideas. No son instituciones puras, tampoco son meras ideas. Su carácter sintético, analógico y emotivo los hace poco atractivos al paradigma racionalista de la ciencia política moderna¹.

Otra cuestión que ha permanecido mayormente en la penumbra es la de las identidades, es decir formas personales de asumir posiciones ante la realidad política. En épocas en que las relaciones personales con el mundo de la política respondían a un esquema simple de gobernantes y gobernados, las identidades políticas no presentaban mayores problemas ni se constituían en un objeto de estudio dotado de particular interés. Sin embargo, con el advenimiento de la modernidad política, este esquema es sometido a crítica e impugnación.

A partir de la irrupción y consolidación del pensamiento democrático moderno, no solamente entra en crisis —al menos en el plano de las representaciones del orden político— esta distinción fundante de la política, sino que como efecto de la nueva situación, aparecen identidades nuevas, complejas, que ya no se definen únicamente por la posesión o el ejercicio del poder político. Con el inicio de la era democrática se pone fin al consenso implícito sobre el que se sustentaba el orden político del Antiguo Régimen, apenas quebrado por algunos casos puntuales de conflicto ideológico interno: aparecen personas con ideas de gobierno que no solamente no están en posesión del poder político, sino que además, aspiran a estarlo. A partir de este momento, empieza a coexistir en una misma sociedad una diversidad de formas de autointerpretación de esa

1. R. GUARDINI, *El fin de la Modernidad. Quien sabe de Dios conoce al hombre*, Madrid, PPC, 1995, p. 52.

misma sociedad, que pugnan entre sí por imponerse. El conflicto pasa a formar parte del sistema.

Con la Modernidad, la comprensión de lo político incorpora un elemento desconocido para los antiguos o los medievales: aparece la ideología, una construcción teórica integral, fundada en un aspecto particular del orden social, que aspira a encarnarse en la realidad política y social, definiendo con ese fin una praxis propia. La ideología se manifiesta en diversas formas coexistentes. La ideología enmascara o deforma la relación con la realidad política — sensiblemente menos mediada y más directa— propia del saber de los clásicos. La ideología es el vehículo principal de las ideas en una sociedad democrática, una sociedad que no es capaz de comunicar a todos sus integrantes las complejas y delicadas razones del gobierno político.

Las identidades políticas modernas son en buena medida producto del dominio de las ideologías. Se trata de formas masivas, difusas y sintéticas del pensamiento moderno. Pero lo son sólo en parte, porque también se componen de aspectos actitudinales, disponen de una dimensión afectiva y emotiva, y se completan con apelaciones a símbolos. En este sentido, la izquierda y la derecha son probablemente las formas más características de tales identidades: de modo ya tradicional en una proporción importante de culturas políticas y de forma creciente en otras, constituyen una definición personal y grupal frente a lo político, un posicionamiento del que no rehúyen ni los simples ciudadanos, ni los líderes políticos ni los hombres de estado, ni los sofisticados intelectuales de la vanguardia más urgente.

Existe una dispersión casi universal en los intentos por explicar el significado de la distinción/enfrentamiento entre izquierda y derecha: desde tesis ontológicas hasta sociológicas, pasando por la gnoseología, la antropología, la psicología, la filosofía de la cultura, la ética y la teoría de las ideologías, sin olvidar las infaltables teorías derogatorias (la distinción ya no tiene sentido) o negacionistas (nunca lo tuvo). Esta simple comprobación revela la complejidad del problema y la importancia del mismo. La dimensión simbólica de esta distinción política es otro aspecto que no por

poco explorado reviste menor interés y abre las puertas a la investigación sobre la presencia de lo simbólico en el pensamiento moderno.

Así planteado, el estudio de la distinción izquierda/derecha desde una perspectiva filosófica parece estar sobradamente justificado. Una reflexión sobre su génesis histórica y progresiva configuración revela que a pesar de constituir un par de opuestos complementarios, uno de los términos del binomio parece ser origen del otro. Se ha intentado explicar esta cuestión en otro lugar² baste con señalar que concurren tanto razones históricas —la facción que se destaca, en los Estados Generales de 1789, del orden imperante, es la izquierda, no la derecha, que pasa a ser una categoría por defecto, con un sensiblemente menor grado de autoconsciencia que la primera— como estructurales —la izquierda es una forma de identidad que al definirse contra las instituciones, no recibe apoyo de éstas ni identificación con ellas, razón por la cual no es intercambiable por otras identidades de origen institucional, al contrario que la derecha—.

La identidad fuerte y originaria del binomio es, sin lugar a dudas, la izquierda. De modo que toda exploración sobre el binomio debería comenzar por el término madre de la distinción. Un problema que no ha sido apenas estudiado todavía es el de la politicidad de la izquierda³. Preguntarse por el carácter político de la identidad de izquierda es preguntarse, en cierto modo, por la politicidad genuina del pensamiento político moderno. En otras palabras: saber si el pensamiento político moderno es político en pro-

2. H. GHIRETTI, “Los muertos que vos matáis: sobre la vigencia de la izquierda como identidad política”, en: *Cuadernos de pensamiento político*, FAES, Madrid, n.2, marzo, 2004, pp. 157-179.

3. Apenas podemos contar dos intentos, que conozcamos, uno desde la derecha y otro desde la izquierda. Los dos apuntan —por vías muy diversas— a una resolución en negativo del problema. El primero es de J. MOLINA, “El liberalismo y la querrela impolítica de la izquierda y de la derecha”, en: *Veintiuno*, Fundación Cánovas del Castillo, Madrid, 1999, otoño, pp. 55-67. El segundo es de A. BERARDINELLI, “Sinistra e antipolitica”, en: *Micromega*, Roma, n. 2, 1999, pp. 53-59.

piedad o sólo por extensión, es decir: si haciendo referencia a una misma realidad, se sitúa en oposición a ella.

A pesar de que sería arriesgado emitir un juicio categórico sobre esta cuestión, parece sintomático que el pensamiento moderno haya reparado en la cuestión de lo político en fechas relativamente tardías, es decir, a principios del siglo XX. Teniendo en cuenta que pertenecen a una época en que la institución central es el Estado —institución política por excelencia—, para los pensadores modernos lo político deja de ser problemático, deviene invisible o es rechazado fuera del ámbito de la reflexión. El abandono del problema de lo político, iniciado a finales de la Antigüedad, se prolonga durante los siglos iniciales de la Modernidad.

Desde esta perspectiva, no es casual que las concepciones clásicas de lo político sean incompatibles con la mayoría de las doctrinas políticas modernas. En el caso de la izquierda en particular, una confrontación con la teoría política de Aristóteles conduce a afirmar la naturaleza antipolítica de la primera, al oponerse directamente a todas y cada una de sus categorías fundamentales de la concepción aristotélica. Esta cuestión no puede ser desarrollada aquí y parece conveniente dejarla apenas formulada.

2. LA TEORÍA CONFLICTIVA DE LO POLÍTICO

Sin embargo, existe una alternativa de matriz moderna, que pareciera dar razones suficientes para sostener lo contrario: el concepto de lo político de Carl Schmitt. Preciso será evitar consideraciones críticas sobre la capacidad del ilustre jurista alemán para comprender la verdadera naturaleza de lo político: de lo que aquí se trata, más bien, es de observar en qué medida esta teoría moderna sobre lo político nos sirve, en su condición de desarrollo inserto en un horizonte teórico común, para mejorar la comprensión de uno de los arcanos del modernidad política: la identidad de izquierda.

El concepto de lo político de Carl Schmitt no se basa en una calidad particular de acciones humanas, sino que constituye más bien una definición relacional, es decir, el modo en que son afectadas las acciones humanas por una distinción de carácter existencial. Esa distinción existencial es la famosa dupla amigo-enemigo⁴. Basado en una distinción primigenia e insuperable que, como el propio autor reconoce, enfrenta a un valor y a un disvalor, el conflicto se convierte en el principal discriminador entre lo que es político y aquello que no posee tal condición. A la vez, se constituye en un obstáculo que impide a una inquisición de lo político progresar más allá de la descripción fenoménica, sin poder avanzar hacia la identificación del valor u objeto propios que persiguen las acciones que se reconocen como políticas⁵.

Lo político, para Schmitt, es lo que se revela como lo socialmente conflictivo. En tanto términos o extremos de un binomio enfrentado y mutuamente excluyente que definen un conflicto, tanto la izquierda como la derecha encuentran comprensión y legitimación plena en la teoría conflictiva de lo político. El pensador alemán concibe que la plenitud de lo político se da en la relación (de conflicto) entre estados, siendo la diplomacia y la política exterior el ámbito por excelencia de la política. Sin embargo, reconoce que a partir de cierto momento de la historia europea se opera una transformación decisiva:

“La equivalencia “político” = “político-partidario” es posible desde el momento en que la idea de una unidad política (el “estado”), abarcante de todo y en condiciones de relativizar a todos los partidos políticos en su interior y en su conflictividad, pierde su fuerza, y como consecuencia de ello las contraposiciones internas al estado adquieren mayor intensidad que la común contraposición en política exterior en el enfrentamiento con otro estado. Cuando en el interior de un estado las contradicciones entre los partidos políticos se han convertido en “las” contradicciones políticas tout-court, entonces se ha llegado al grado extremo de desarrollo de la

4. C. SCHMITT, *El concepto de lo “político”. Teoría del partisano. Notas complementarias al concepto de lo “político”*, Folios, México, 1985, pp. 22-34.

5. *Ibidem*, p. 71.

“política interna”, o sea que se han transformado en decisivos para el choque armado no ya los reagrupamientos amigo-enemigo de política exterior, sino aquellos internos al estado. La posibilidad real de la lucha, que debe estar siempre para que se pueda hablar de política, se refiere entonces consiguientemente, en razón de semejante “primacía de la política interna”, ya no a la guerra entre unidades nacionales organizadas (estados o imperios), sino más bien a la guerra civil”⁶.

Esta última referencia no debería extrañar, teniendo en cuenta que sólo la hegemonía aplastante de la publicística apologética revolucionaria ha impedido comprender y estudiar al acontecimiento histórico que dio origen a la distinción política izquierda/derecha como el episodio una auténtica guerra civil: de hecho, todo proceso auténticamente revolucionario lo es⁷. Izquierda y derecha no son

6. *Ibidem*, p. 29.

7. Existe una interesante cuestión en las complejas relaciones (identidad, distinción, oposición, contaminaciones) entre los conceptos histórico-ideológicos de *guerra civil* y de *revolución*. Es interesante la reflexión de George Orwell sobre su experiencia de la guerra española. Según Orwell, existía una concepción legalista, gubernista y democrática del bando republicano, generada principalmente por la prensa extranjera e instalada predominantemente más allá de los Pirineos, que se enfrentaba a otra, de signo revolucionario y clasista, que constituía la interpretación dominante fronteras adentro, no sólo en la zona leal sino también en la sublevada. Según la primera autorrepresentación (leal, gubernamental) se defendía el orden constituido contra el enemigo: los sublevados. Esta sería la perspectiva *guerracivilista*. Según la segunda autorrepresentación se iniciaba por fin la destrucción definitiva del orden dominante. Esta sería la perspectiva revolucionaria. El contraste interno en los modos de comprender la inspiración y el destino de la lucha del bando republicano fue motivo de no pocos malentendidos, que gravitaron decisivamente en su derrota final. Cfr. G. ORWELL, (seud. de E. Blair), *Homenaje a Cataluña*, 2ª ed. Proyección, Buenos Aires, 1964, pp. 56-83. Las indicaciones de Giacomo Marramao en torno a la contraposición conceptual entre *guerra civil* y *revolución* son particularmente reveladoras. G. MARRAMAIO, *Poder y secularización*, Península, Barcelona, 1989, pp. 69-72. Finalmente, lo que distingue una guerra civil de una revolución es el juicio que emite sobre la resolución del proceso político la filosofía progresista de la historia. Si es favorable a sus tesis, se trata de una revolución; si no lo es, constituye una guerra civil. Se manifiesta aquí el dualismo ilustrado entre política y moral. “El concepto de revolución —concluye Marramao— es indicador y factor de esta modalidad peculiar, cuyo mecanismo constituyente —extrapolítico y metapolítico— consiste en la ‘transposición del progreso moral interior al espacio externo de la historia’”. *Ibidem*.

sino las facciones resultantes del proceso político iniciado 1789: la Revolución —guerra civil— Francesa⁸.

La mutua dependencia, tanto en el orden teórico como en el práctico, de su opuesto, hace que izquierda y derecha respondan a una perspectiva esencialmente agonial de lo político, a una concepción política de carácter conflictivo, en la que se busca la destrucción del enemigo⁹, y que las aleja definitivamente del punto de vista clásico, el cual no ignora ni descuida este aspecto diferencial

8. Se comprueba que en los países en los que la distinción política entre izquierda y derecha está más arraigada y es más fuerte —Francia, Italia y España, naciones de tradición latina y católica— se han verificado procesos histórico-políticos que en distintos momentos del pasado reciente y de forma más o menos explícita han constituido verdaderas confrontaciones civiles. Sobre la difusión de la distinción en los países europeos puede verse H. GHIRETTI, *Siniestra. En torno a la izquierda política en España*, Pamplona, EUNSA, 2004, pp. 273-288. Respecto de los fuertes, arraigados y saludables prejuicios de la cultura política anglosajona contra la polaridad izquierda-derecha, cfr. S. BRITTAN, *Left and Right: the Bogus Dilemma*, Secker & Warburg, London, 1968. Un sugerente intento por comparar las culturas políticas anglosajonas y las “continentales”, tomando como referencia la polaridad izquierda-derecha, puede encontrarse en V. PÉREZ-DÍAZ, “Orden de libertad, centro político y espacio simbólico. La génesis de la división del espacio político entre la derecha, el centro y la izquierda”, en: *Derechas e izquierdas en el mundo actual. Papeles de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, n. VI, octubre, 1999, p. 162. Una crítica a las tesis de Pérez-Díaz puede asimismo verse en H. GHIRETTI, *Siniestra*, pp. 171-204.

9. Antonio Negri, un ideólogo de izquierdas en quien no cabe sospecha de heterodoxia, lo ha visto claramente. “Reformism, revisionism, socialism (in brief, all the ways of indicating that which, in the real movement, is opposed to communism), have all worked towards the negation of the link between liberation and destruction. From the social democratic crushing of the innovation concerning the continuity of values, to the Stalinist terror of the bureaucratic reduction of liberation to emancipation – in every case the relationship is denied and in place of its potentiality, monstrous consequences are presumed to follow. It is no surprising that nowadays the concept of ‘Left’ carries little weight or significance given that one of its fundamental constitutive elements —the connection, precisely, between liberation and destruction— has been set aside. The concept of ‘Left’ is a concept of war: how can one claim to forget its destructive dimensions, how can one disavow the tension of power that upholds the will to liberation?”. A. NEGRI, *The Politics of Subversion. A Manifesto for the Twenty-First Century*, Polity Press, Oxford, 1989, p 159.

y propio de lo político, pero lo considera como lo que es, un aspecto o momento de lo político¹⁰.

Sería un error establecer una identidad plena e inmediata entre las dos parejas de opuestos, y considerar que la intercambiabilidad plena de la distinción amigo-enemigo es similar a la de izquierda-derecha, tal como indirectamente pretenden quienes han afirmado, con Sartre, que se trata de “cajas vacías” que pueden albergar cualquier contenido. Mientras que amigo y enemigo son términos reversibles (los enemigos son al menos, en cierto sentido, amigos entre sí; los amigos son enemigos para sus enemigos) en la distinción izquierda-derecha existen una serie de creencias, actitudes y doctrinas que pertenecen a uno u otro término, sin que puedan intercambiarse.

Sin embargo, en su condición de vanguardia absoluta de la modernidad política, y como consecuencia de su hegemonía ideológica y cultural siempre creciente, la izquierda ha definido su condición de amistad original, frente a la enemistad esencial de la derecha. Puede decirse que la izquierda reviste este carácter de amistad original y fundante, al ser encarnación del espíritu de los tiempos. A la izquierda, a pesar de haber mantenido durante todo el período la condición de agresor, no se le ha sido reconocido como tal en la discusión política, inclinando el juicio cultural predominante en contra de su oponente, al punto de lograr, en no pocas ocasiones, su criminalización.

La cuestión de la criminalización de la derecha no puede extrañar: una tesis tan difundida y aceptada como la de Giovanni Sartori

10. Conviene recordar el tributo que Julien Freund, un pensador de la escuela schmittiana, hace a la concepción clásica de la política, en la cuestión específica de la teoría del conflicto. Freund contrapone las tesis contractualistas de la sociabilidad humana —que supuestamente asumen el conflicto como presupuesto del orden social— a las tesis naturalistas, inclinándose decididamente por éstas, al destacar que la idea de un orden social originario no solamente no excluye la comprensión del conflicto, sino que en realidad es su condición de posibilidad. Y concluye: “solamente se puede lamentar que demasiados comentaristas de la filosofía política aristotélica hayan descuidado este aspecto fundamental del papel del conflicto en el desarrollo de las sociedades de lo que él llama los cambios”. J. FREUND, *Sociología del conflicto*, Ediciones Militares, Madrid, 1995, p. 37.

—la izquierda como vertiente ética de la política—¹¹ posee un corolario que apunta claramente en este sentido. Si la izquierda es la vertiente ética en la política, su adversario será por fuerza la vertiente no-ética de la política. Teniendo en cuenta que se trata de una distinción política, se constituye en un asunto de moralidad pública. Y entre la inmoralidad pública y el delito no hay prácticamente distancias¹².

3. LA IZQUIERDA COMO VOLUNTAD DE SUPRESIÓN DEL CONFLICTO

La pertinencia de la teoría conflictiva de la política para comprender la distinción izquierda-derecha se hace particularmente incomprensible, o más bien invisible, a los teóricos de la izquierda que se han esforzado por explicarla o racionalizarla, aún cuando se hayan planteado tal posibilidad¹³. Esta autoincomprensión de la izquierda como expresión histórica y situada de una concepción conflictiva de lo político tiene su motivo en que se asume a sí misma y a sus construcciones ideológicas de carácter proyectivo como la solución de todo conflicto.

Si la izquierda pudiera insertarse teóricamente a sí misma en la concepción conflictiva de lo político, debería asumir su condición de parte, de facción, y conceder una cierta entidad positiva a su adversario, la derecha¹⁴. El conflicto, así entendido, implica necesi-

11. G. SARTORI, “¿La izquierda? Es la ética”, en: G. BOSETTI (ed.), *Izquierda punto cero*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 99.

12. Es aquí interesante considerar la impugnación frecuente que recibe la derecha, como actitud esencial ante lo político, desde la izquierda: ésta acusa a aquella de representar y procurar intereses privados desde las instituciones políticas o ejerciendo cargos públicos. Es en el fondo una acusación velada y genérica de prevaricación.

13. N. BOBBIO, *Destra e sinistra. Ragione e significati di una distinzione politica*, 2ª ed., Donzelli, Roma, 1995, pp. 66-67.

14. Curiosamente el contraste/alternancia en el poder entre izquierda y derecha es concebida entre algunos teóricos y pensadores de la derecha liberal como una necesidad del sistema democrático. Sin embargo, es en general inconcebible

riamente articulación y pluralidad del orden social¹⁵. La izquierda es hostil al orden social (en cuanto que reproduce las relaciones de jerarquía y se define según formas de inclusión-exclusión), razón por la cual aspira a eliminar lo que pudiera resultar de la interacción de estos órdenes, o sea, lo que pudiese ser fuente de conflictos.

La izquierda pretende liquidar todo conflicto social, atacándolo en las raíces mismas, aún cuando apele al conflicto (es decir, una repolitización de ámbitos previamente neutrales o neutralizados, cuestión sobre la que se volverá) para suprimirlo¹⁶. Se trata de un conflictivismo moralizante, como bien ha advertido Schmitt: pretende terminar con todo conflicto, mediante la confrontación y lu-

para la izquierda, sea moderada o radical. “Lo schema del gioco della sinistra —explica Ferdinando Adornato— ha finora previsto, al contrario, l’inamovibilità pregiudiziale degli schieramenti. La divisione dell’umanità in Buoni e Cattivi”. F. ADORNATO, *Oltre la sinistra. Come liberarsi dal complesso della sconfitta*, Milano, Rizzoli, 1991, p. 98.

15. La pluralidad no solamente es condición del conflicto, tal como señala Freund, puesto que se trata de un modo específico de relación social que “sólo puede nacer en presencia del otro o de los otros”. J. FREUND, *op. cit.*, p. 20. También lo es en la articulación social que funda el orden político. E. VOEGELIN, *Nueva ciencia de la política*, Rialp, Madrid, 1968, pp. 61-68. Pereira Menaut escribe en su tesis número once sobre la política: “que a política medra só onde hai diversidade e onde se pode facer distincións entre as diversas realidades sociais”. A.-C. PEREIRA MENAUT, *Doce teses sobre a política*, Fontel, Santiago de Compostela, 1998, p. 45.

16. Una manifestación clara de esta característica es la tendencia de la izquierda a encontrar la “contradicción principal” del sistema social. “Se la sinistra non riconosce ‘la’ contraddizione-chiave, l’anello debole sul quale agire per un ‘rovesciamento’ radicale, è come se le contraddizioni non esistessero”. F. ADORNATO, *op. cit.*, p. 153. El esquema, en realidad, no puede ser otro: la izquierda, al dividir en dos el espectro político, necesita encontrar un conflicto fundamental y radical, al cual remitir, subordinar y reconducir todos los demás conflictos sociales. De otro modo, es decir, ante una pluralidad de conflictos independientes, que no se identifican ni implican entre sí ni reconocen un único origen, la partición binaria del espectro político perdería entidad, puesto que obligaría a una alineación según conflictos puntuales, en la que el enemigo al que se enfrenta en una lucha particular puede ser, contemporáneamente, el aliado en otra. La lógica del conflicto, como bien ha explicado Schmitt, frecuentemente no permite este tipo de alineaciones según circunstancias. En este sentido, las propuestas de Adornato (*Ibidem*, 91-111) siguen las líneas de la teoría política de las *single issues*, que ignoran la naturaleza del conflicto político.

cha con los principios esenciales del conflicto, que según la propia izquierda radican en el orden institucional vigente y las diversas relaciones que ese orden configura¹⁷.

También Dalmacio Negro ha reflexionado, desde otro punto de vista, sobre la voluntad izquierdista de supresión definitiva del conflicto, mostrándola como derivación de su “proyecto de moralización total de la sociedad” y su corolario práctico de carácter intervencionista y, en último término, totalitario¹⁸. Un asunto derivado de éste, que pondría directamente en cuestión la politicidad de la izquierda según la teoría conflictiva de lo político, es la naturaleza antipolítica de la pretensión de resolver definitivamente los “problemas políticos”: lo que Bertrand de Jouvenel ha denominado el mito de la solución¹⁹.

Para la izquierda, toda exclusión y relación jerárquica es en sí misma conflictiva, contiene el germen de la heteronomía, la marginación, la violencia y la opresión. De este modo, la izquierda sí puede ser explicada desde la teoría conflictiva de lo político, pero la teoría conflictiva de lo político no puede ser explicada ni comprendida plenamente desde la izquierda. Desde esta perspectiva, la incompreensión de la izquierda hacia lo político deviene casi irremediable: no solamente es ajena a la concepción clásica, sino también a la teoría conflictiva de la política²⁰.

17. C. SCHMITT, *op. cit.*, pp. 68-74, cit.

18. D. NEGRO PAVÓN, “Las tribulaciones de la izquierda”, en: *Razón Española*, Fundación Balmes, Madrid, n. 43, septiembre-octubre, 1990, pp. 151-167.

19. B. DE JOUVENEL, *Teoría pura de la política*, Revista de Occidente, Madrid, 1965, pp. 260-269.

20. A la pregunta “¿responde la derecha a una concepción clásica o conflictiva de la política?”, puede responderse con el acertado comentario que Marcello Veneziani hace de una afirmación de Giacomo Marramao. “Del resto, —escribe Veneziani— all’interpretazione di un Salvatore Veca che identifica la sinistra con la tensione etica, si può con pari credibilità opporre la lettura di un altro intellettuale venuto da sinistra, Giacomo Marramao, per il quale ‘l’intuizione migliore della sinistra é l’idea della storia come polemos, quella della destra il valore come guida dell’agire’. Una prospettiva, come si vede, che rovescia i termini consueti entro cui si ingabbia la destra, identificata abitualmente nella sfera del polemos e del duro realismo della guerra, e la sinistra, autorappresentatasi solitamente come portatrice di valori e messaggi etici e pacifisti”, M. VENEZIANI, *Sinistra e destra*.

Tanto las proyecciones emancipadoras como las formulaciones igualitarias de la izquierda pretenden suprimir el conflicto. Todas las ideologías adoptadas por la izquierda, desde las tesis de la soberanía popular de 1789 hasta las sofisticadas teorías críticas de la década de 1960, como responden a la misma intención. A su vez, tanto el libertarismo o el igualitarismo (pese a ser ideales convertibles, desde el punto de vista moderno) elevados a máximos valores sociales y aplicados a la sociedad, producen invariablemente consecuencias traumáticas, efectos no deseados y violencias de todo tipo. El orden social se estructura a partir de desigualdades, jerarquías y vínculos de dependencia mutua.

4. LA IZQUIERDA COMO OPOSICIÓN AL ORDEN

Esto, sin embargo, no quiere decir que la izquierda oponga al conflicto una idea propia de orden. El conflicto no se termina con la imposición del orden. Como ya se ha visto, para la izquierda la realidad es justo lo contrario: es precisamente el orden, en cuanto que totalidad dotada de partes, unidas por relaciones de jerarquía-subordinación y de exclusión-inclusión, el origen de todo conflicto. Esta tesis no puede extrañar, si se advierte que constituye un principio fundamental del pensamiento de uno de los más destacados precursores e inspiradores de la izquierda: Julien Freund ha expli-

Risposta a Norberto Bobbio, Vallecchi, Firenze, 1995, p. 45. Más allá del antagonismo en el que la izquierda hace jugar a la derecha, ésta última tiende a identificarse, aún en sus formas más modernas y recientes, con una concepción clásica de la política, no por voluntad expresa ni por una autoconciencia demasiado clara, sino porque su oponente se define contra el gobierno y contra el poder. En un artículo anterior, sin embargo, Marramao suprime tal distinción —la izquierda como concepción política centrada en el antagonismo y la derecha como concepción política orientada por el valor como guía de la acción— al vincular, en el marco de la profunda crisis de la izquierda que ya se preanunciaba a principios de la década del 1980, el surgimiento de un *nuevo antagonismo* con cierta capacidad de formalización y proyección de construcción social de la izquierda, dentro de las nuevas circunstancias dominantes. G. MARRAMAIO, *op. cit.*, pp. 208-209.

cado que “la originalidad de Rousseau se encuentra en que el conflicto comienza con la sociedad naciente”²¹.

Puede decirse que la idea de la izquierda como facción política opuesta al orden es una concepción más bien propia de autores de derecha²², pero también es cierto que aparece en autores que si bien no se identifican total y plenamente con el polo contrario, podrían ser considerados, con argumentos suficientes, como de izquierda²³. Además, la tesis no solamente no parece haber generado una respuesta crítica por parte de pensadores o estudiosos de izquierda: en algunos casos, las explicaciones dadas por éstos remiten en último término a esta idea²⁴.

Sin embargo, la tesis de la izquierda como oposición al orden (no sólo al orden constituido, real o vigente, sino también a la idea de orden) revela un posicionamiento de ésta dentro del esquema amigo-enemigo muy diferente a la anteriormente descrita. Si, como ya se ha visto, la izquierda se define en términos de amistad esencial, en razón de su identificación plena con los principios de la modernidad política, constituyéndose así en la expresión política del espíritu del tiempo, aquí aparece como la enemistad esencial, y por tanto provista de una politicidad plena y perfecta, de una condición genuinamente política.

21. J. FREUND, *op. cit.*, p. 28.

22. J. LOIS ESTÉVEZ, “La izquierda en Minos”, en: *Razón Española*, Fundación Balmes, Madrid, n. 43, septiembre-octubre, 1990, pp. 211-217. C. LÓPEZ-ARIAS MONTENEGRO, “El mal de la izquierda”, en: VVAA. *Razonalismo. Homenaje a Fernández de la Mora*, Fundación Balmes, Madrid, 1995, p. 428.

23. Es el caso de J. MARITAIN, *Lettre sur l'indépendance*, Desclée de Brouwer, Paris, 1935, pp. 41-48 y de E. MOUNIER, “Breve tratado sobre la mítica de izquierda”, en: Idem, *Comunismo, anarquía, personalismo*, Zero, Bilbao, 1973, p. 136. En la línea de las tesis de Maritain, aunque con algún agregado original, se encuentran las consideraciones de S. ÁLVAREZ TURIENZO, *Revisionismo y diálogo. Madurez moral y signos del tiempo*, Guadarrama, Madrid, 1969, p. 86.

24. M. DUVERGER, *Sociología política*, Ariel, Barcelona, 1968, pp. 250-253. G. RUFFOLO, “En torno al concepto de izquierda”, en: *Leviatán, Revista de hechos e ideas*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2ª época, primavera, 1992, n. 47, p. 73. H. WEBER, *La izquierda explicada a mis hijas*, FCE, Buenos Aires, 2001, pp. 10-11.

Esta afirmación merece una explicación detallada. En el esquema de Carl Schmitt, la oposición entre conflicto y orden es especular a la que enfrenta política y derecho. Conflicto y política se identifican, así como lo hacen orden y derecho²⁵. Si esto es así, el término que, dentro de la expresión particular de la oposición amigo-enemigo que constituye la distinción izquierda-derecha, expresa con mayor radicalidad la oposición al orden, es la izquierda. Asimismo, es el término que reviste un carácter más propiamente político, puesto que la derecha, en la medida en que se identifica con el orden, aspira a poner fin al conflicto y pasa a tener una condición de politicidad disminuida, respecto de la izquierda.

Esta cuestión sirve para volver sobre una objeción planteada a Schmitt por el célebre historiador Otto Brunner. Según Brunner, Schmitt afirma que su teoría política “individualizaría únicamente como carácter conceptual positivo al enemigo y no al amigo”. Schmitt replica que:

“El reproche de una pretendida primacía del concepto de enemigo es, a su vez, demasiado genérico y estereotipado. Oculta el hecho de que la construcción de un concepto jurídico procede siempre, por necesidad dialéctica, de su negación. En la práctica, como en la teoría jurídica, la referencia a la negación es algo por completo distinto que afirmar la “primacía” de lo que encarna el acto de la negación. Un proceso, en cuanto controversia jurídica, es pensable sólo si es negado un derecho. La pena y el derecho penal presuponen no un hecho, sino un “no-hecho”. ¿Acaso esto significa

25. “Lo político es una situación que pasa por distintos momentos que se pueden resumir en las dos cadenas de acontecimientos siguientes, entre sí equivalentes: Excepción —conflicto— unidad política y ruptura amigo-enemigo — oposición amigo-enemigo— decisión soberana. Cada uno de los tres pasos configura la situación política. Cuando hablamos de la formación de un nuevo orden estamos refiriéndonos al tercer momento de la situación política, el que marca su fin. La decisión soberana, que logra poner fin al conflicto, está en disposición de asegurar un nuevo orden, un orden concreto en el que sea posible una situación normal y, consecuentemente, un derecho”. M. HERRERO, *El nomos y lo político: la filosofía política de Carl Schmitt*, EUNSA, Pamplona, 1997, pp. 297-298.

una valoración “positiva” del “no-hecho”, y una “primacía” del delito?”²⁶.

Más allá de lo que pudiera entenderse como “carácter conceptual positivo” (y lo que pudiera ocultarse en una posible traducción deficiente) o “primacía” (¿de qué carácter: genoseológica u ontológica?), es evidente que Schmitt argumenta desde un marco teórico que él mismo ha invalidado al autonomizar o enfrentar la política respecto del derecho y la moral. Tal como ha afirmado el propio autor, la determinación de lo político no es un asunto de carácter normativo (de hecho no hay un orden o equilibrio que restaurar, como en el derecho o en la medicina: si el orden se restaura, como lo político cesa y da paso al derecho), sino existencial. El conflicto siempre es definido por el enemigo: el enemigo constituye el término fundante de la distinción, la causa primera del conflicto, la “positividad existencial” que genera la alineación y conduce a la lucha, la alteridad en términos de facción hostil.

Para concluir sobre el particular, puede decirse que mientras los aspectos más explícitos —es decir, los aspectos específicamente ideológicos, los proyectos de cambio social de la izquierda— pretenden eliminar las luchas sociales (no importa con cuántas posibilidades de éxito), dando razón indirecta a la idea de política como lucha, los aspectos implícitos o menos conocidos —es decir, los relacionados con las actitudes propias de la izquierda— son plena y directamente explicados por la teoría conflictiva de lo político.

5. DESPOLITIZACIÓN Y PAN-POLITICISMO

Se encuentran asimismo valiosas indicaciones para comprender la identidad de izquierda en lo que Carl Schmitt denomina el carácter antipolítico del liberalismo. Existen sobrados argumentos para

26. Sólo se recoge la versión de Schmitt sobre la discrepancia. C. SCHMITT, *op. cit.*, pp. 8-9. Se han revisado los textos de Otto Bruner que Schmitt cita en su texto de 1939, pero no se han encontrado referencias al asunto.

defender la tesis de la identidad izquierdista del liberalismo, al menos durante un período determinado de la historia política europea: el liberalismo pone en marcha una campaña dirigida contra el orden político y social imperante, al cual combate mediante la fragmentación y nivelación de dicho orden jerárquicamente estructurado²⁷.

Por otro lado, Schmitt compone el cuadro de contraposición de valores dominante en el siglo XIX, generado por la interrelación entre el progresismo, el registro ético-económico del romanticismo y el desarrollo material. Se encuentran en él la libertad, el progreso y la razón, aliados con la economía, la industria y la técnica, en el marco del parlamentarismo, contra el feudalismo, la reacción y la violencia, aliados tanto con el estado, la guerra y la política como con la dictadura²⁸. No solamente es posible encontrar aquí al liberalismo, sino al amplio complejo ideológico de valores e ideales conocido como la izquierda.

Incluso el registro moralizante del liberalismo (a partir de la contraposición entre estado y sociedad, y, a la vez, el enfrentamiento coincidente entre lo político —como propio de lo estatal— y lo económico —como propio de lo social— para concluir en que la violencia y la irracionalidad se identifican con el ámbito estatal-político y la concordia, el progreso y la racionalidad se identifican con el ámbito social-económico) observado agudamente por Schmitt, es un elemento fundamental de la identidad política de izquierda²⁹.

Posteriormente, al encarnarse el liberalismo en el orden institucional y cultural europeo, la izquierda se moverá hacia ideologías

27. D. NEGRO PAVÓN, “El liberalismo, la ‘izquierda’ del siglo XXI”, en: F. SANABRIA MARTÍN y E. DE DIEGO (coords.), *El pensamiento liberal en el fin de siglo*, Fundación Cánovas del Castillo, Madrid, 1997. M. ROTHBARD, *Sinistra e destra. Le prospettive della libertà*. A cura di Roberta Adelaide Modugno, Istituto Acton, Roma, 2003.

28. C. SCHMITT, *op. cit.*, p. 72.

29. *Ibidem*, pp. 68-74.

diferentes, más radicalizadas y desarrolladas³⁰. Volviendo al carácter antipolítico del liberalismo, explica Schmitt que:

“La cuestión es, sin embargo, si se puede extraer una idea específicamente política del concepto puro y consecuente del liberalismo individualista. La respuesta es negativa. En efecto, la negación de lo “político” que está contenida en todo individualismo consecuente conduce más bien a una praxis política de desconfianza con respecto a todas las fuerzas políticas y las formas de estado y la política”³¹.

30. “Es propia del talante liberal” —escribe John Dunn— “la escasa consideración por el pasado. Es evidente que los liberales se niegan a ver en el pasado un punto focal de valor al que se reconoce autoridad. Para ellos, la tradición es sospechosa, y al menos durante un tiempo estaban predispuestos a creer en la realidad del progreso. En la *Querrela* entre Antiguos y Modernos que se desarrolló en el siglo XVII, los liberales estuvieron firmemente alineados con los Modernos. Naturalmente que se alinearon con ellos; en esencia porque en aquel momento la modernidad estaba de su parte. Pero, con el paso del tiempo, ésta resultó ser una aliada un tanto traicionera. El momento decisivo sobrevino sobre todo con la Revolución Francesa, una revolución que se hizo en nombre de los valores liberales: Libertad, Igualdad, Razón, y en contra de la tradición y de los privilegios arbitrarios. Pero fue también, qué duda cabe, una revolución que culminó en sangre y terror y que acabó en autocracia militar. Después de 1793 y de la dictadura jacobina impuesta por el Comité de Salud Pública bajo Robespierre, los liberales ya no encontraban fácil confiar en el futuro ni considerar que los valores conservadores, sin paliativos, incurrieran en el error. Viendo cómo los oponentes revolucionarios de estos valores habían concebido mal el significado de los valores liberales de libertad y razón, además de haber malinterpretado las características fundamentales de la naturaleza humana, y viendo en la autocracia revolucionaria una negación fundamental de los valores liberales y un lógico resultado de la mala interpretación revolucionaria de las demandas de la libertad y la razón, los Liberales empezaron a encontrar más méritos en la tradición y en el pasado”. J. DUNN, *La agonía del pensamiento político occidental*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 48-49.

31. Cfr. C. SCHMITT, *op. cit.*, p. 67. “El liberalismo burgués no ha sido jamás radical en un sentido político. Sin embargo, es de inmediato intuible que sus negaciones del estado y de lo ‘político’, sus neutralizaciones, despoltizaciones y declaraciones de libertad, tienen de todos modos un preciso sentido político y están dirigidas polémicamente, en una situación determinada, contra un estado determinado y su poder político. Ellas no constituyen, sin embargo, una teoría del estado y ni siquiera una idea política. Ciertamente el liberalismo no negó el estado de modo radical; por otra parte, no elaboró ninguna teoría positiva del estado y ninguna reforma peculiar del estado, sino que sólo trató de vincular lo ‘político’ desde el punto de vista de lo ‘ético’ para subordinarlo a lo ‘económico’. Fundó

Y remata, con particular agudeza: “por lo tanto, no hay una política liberal en sí, sino una crítica liberal de la política”. El liberalismo opera políticamente a través de lo que Schmitt llama las neutralizaciones. Durante el siglo XIX, grandes segmentos de la vida política y social de las sociedades europeas o de origen europeo son relegadas al ámbito de decisión individual. Se desnuda a estas formas de vida de toda significación y peso político. Pero neutralización, para este autor, es además sinónimo de especialización y aislamiento total³². El liberalismo obra una despoltización de los subsistemas sociales y de los mundos de la vida, reduciéndolos a la insignificancia o sustrayéndolos de las decisiones del orden político.

Contra esta compartimentación y segmentación del orden social, se levantará una nueva izquierda, una izquierda nacida al calor de las primeras revoluciones y ya madura a fines del siglo XIX. A partir de explicaciones ideológicas que intentan dar razón de toda la estructura social desde precisamente alguno de los subsistemas en juego, esta izquierda intenta la demolición de esa constelación de universos cerrados entre sí (inaugurando, en un ciclo histórico extenso, la hostilidad manifiesta de las nuevas formas de izquierda —nuevas vanguardias— contra las anteriores —antiguas vanguardias—), a través de la crítica de las relaciones de dominación y sojuzgamiento que se ocultan bajo las relaciones de cada uno de ellos, y mediante una acción política que procura demoler dichas relaciones y configurar la realidad según sus principios crítico-ideológicos.

La nueva izquierda, por tanto, procede a una repolitización de las esferas sustraídas al orden político, pero lo hace en un sentido conflictivo, es decir, las desneutraliza. Así, esta nueva politización se opera de un modo esencialmente deficiente: no se trata de una revertebración del orden político como marco arquitectónico de la

una doctrina de la división y del equilibrio de los ‘poderes’, o sea un sistema de vínculos y de controles sobre el estado que no puede ser considerado como una teoría del estado o como un principio político constructivo”. *Ibidem*, p. 57.

32. *Ibidem*, p. 69.

vida social, sino de una conflictivización de los diversos subsistemas. El antiguo ámbito de convivencia se ha perdido y no se puede reconstruir, porque no se hace por vía de integración o de subordinaciones consecutivas, como exigiría una concepción clásica de la política.

De este modo, aparecen las dos formas posibles de la praxis política de izquierdas: la despolitización y el pan-politicismo. La tendencia a la despolitización es propia de la izquierda libertaria, puesto que tiende a liberar o independizar las relaciones sociales de la vinculación con la política, conduciendo por tanto a una reducción progresiva del ámbito de lo político. La izquierda igualitaria, contrariamente, necesita politizar todo, ya que cualquier desigualdad u orden parcial pone en peligro su ideal social elevado a máximo criterio de orden. Todo es materia politizable, porque sólo el control sobre la totalidad puede asegurar la igualdad buscada. Como explica Antonio Carlos Pereira-Menaut, tanto la despolitización como el pan-politicismo son formas antipolíticas³³.

6. EL ESPACIO COMO DIMENSIÓN POLÍTICA Y SIMBÓLICA

Otros aspectos que Schmitt desarrolla en su explicación de lo político alejan a la izquierda de dicha concepción. En este sentido, es preciso precaverse contra un juego de apariencias que parecería establecer evidentes coincidencias entre la izquierda y la teoría conflictiva de lo político. Es sabido que la idea schmittiana de lo político descansa sobre una decidida y explícita concepción espacialista. Para Schmitt el orden político es, ante todo y fundamentalmente, un orden espacial: el espacio es sinónimo del ser y de las formas, mientras que el tiempo es el no-ser y el vacío. Schmitt

33. Así se lee en su tesis XII sobre la política: “que existen posturas antipolíticas, mesmo dentro das que adoitamos considerar ideoloxías políticas, e que tanto o pan-politicismo como a despolitización son antipolíticos”. A. C. PEREIRA MENAUT, *op. cit.*, p. 47.

piensa que el espacio es la imagen de nuestro poder, mientras que el tiempo lo es de nuestra impotencia³⁴.

Parecería a primera vista evidente que el simbolismo espacial que adopta la identidad política de izquierda se inserta perfectamente dentro de una perspectiva espacialista de la política como la de Carl Schmitt. Sin embargo, este simbolismo de la izquierda no es expresión de un aprecio por la dimensión espacial de lo político. En primer lugar, porque la izquierda, como se ha visto previamente, se define esencialmente por oposición a todo orden constituido. Así, si todo orden político es por definición espacial, la izquierda se sitúa contra el orden y por extensión contra el espacio.

En segundo lugar, bajando del plano actitudinal al ideológico, la izquierda se revela específicamente como antiespacial, en cuanto que rechaza la pluralidad de órdenes políticos y/o sociales y se asume como utópica (lo utópico es —conviene recordarlo— aquello que no tiene lugar). Es esencialmente hostil al concepto de *nomos*, tanto en su acepción de medida, como al correlativo de toma de la tierra. La izquierda como categoría se distancia asimismo de la política en el sentido en que ésta última constituye una dimensión específica del tener.

En tercer lugar, si se atiende a la cuestión específicamente simbólica, se advierte que dentro de la simbología espacial tradicional, la izquierda es el término subordinado y jerárquicamente inferior dentro del binomio que constituye con la derecha. La derecha es el espacio simbólico por excelencia, la categoría simbólica que tradicionalmente representa al poder. La izquierda, en cambio, representa lo que se opone o está subordinado al poder. De algún modo, tomar partido por la izquierda implica tomar partido contra el poder, su espacialidad y su simbolismo específico.

De todos modos, la adopción de una categoría espacial demuestra, por vía ciertamente inesperada, la vecindad e interrelación entre *nomos* y *logos*, señalada por el pensador alemán: el conjunto de creencias, doctrinas y actitudes referidos a lo político es definido por un lugar común y delimitado, un espacio donde tienen acogida,

34. Cit. en M. HERRERO, *op. cit.*, p. 91.

se articulan y limitan internamente. A la vez, como el *nomos* en cuanto que orden y posición, “lleva aparejado un orden del espacio con dos orientaciones: una hacia el exterior y otra hacia el interior”³⁵, la izquierda como *nomos* ideológico define sus propios límites externos, dando así lugar al orden espacial-ideológico al que reconoce como diverso y opuesto: la derecha.

Sería sin embargo un error pensar que la antiespacialidad de la izquierda es, siguiendo la lógica de las contraposiciones de Schmitt, el revés de una categoría política que se expresa en términos temporales, que hace del tiempo su dimensión propia. Las relaciones entre la izquierda política y el tiempo son complejas, y sería necesario realizar un extenso desarrollo sobre la cuestión. Baste señalar, en primer lugar, que en cuanto que orden, el tiempo también deviene una categoría hostil a la izquierda. Por otra parte, en cuanto que negación o rechazo de la realidad política vigente, la izquierda se define contra el presente y contra el pasado, en cuanto que permanencia y supervivencia en el tiempo. Esto quiere decir que la izquierda toma partido por el futuro, en contraposición al pasado y al presente. Y el futuro es, como se sabe, el tiempo que posee menor entidad “real”.

En tercer lugar, en términos de praxis política, la izquierda tiende a la inmediatez, al no comprender la distensión temporal y el ritmo del cambio propio de lo político o social: es lo que el pensador marxista Wolfgang Härich ha denominado la impaciencia revolucionaria. Asimismo, la izquierda alienta la pretensión de un dinamismo social continuo, que evite las cristalizaciones y solidificaciones propias de un orden social. Un movimiento sin reposo ni regularidad impide toda forma de conmensuración temporal y por tanto, toda apreciación del tiempo³⁶.

35. *Ibidem*, p. 69.

36. Se insiste en la necesidad de abordar esta cuestión monográficamente. Sobre todo si se tiene en cuenta lo afirmado por Giacomo Marramao, en referencia a la cosmovisión imperante en el s. XVIII: “El carácter central del estudio de la metáfora para este siglo revela no sólo una genérica exigencia de integrar interdisciplinariamente la indagación filosófica con la histórico-artística o la histórico-literaria, sino incluso la de señalar la naturaleza de paso-límite de este discutido

7. PERSPECTIVAS

En el presente trabajo se han estudiado las relaciones más notorias y evidentes entre la teoría schmittana de lo político y uno de los términos de la distinción izquierda-derecha. Se han omitido cuestiones sumamente interesantes de esta vinculación, de los que cabe mencionar tres en particular: en primer lugar, los aspectos ético-moralizantes que Carl Schmitt observa en las ideologías de la modernidad revolucionaria y post-revolucionaria, y su relación con la economía; en segundo lugar, las afirmaciones del pensador alemán en lo que respecta a las antropologías subyacentes a las ideologías modernas, que sirven para interpretar y comprender las tesis explicativas de la izquierda que observan en ella una concepción positiva y optimista del hombre; en tercer lugar, la incidencia del universalismo humanitarista en la idea contemporánea de la política.

Aún así, se trata de una exploración limitada a la izquierda, que debería completarse con un estudio similar sobre la identidad de derecha. Una investigación en este sentido serviría para arrojar luz no solamente sobre el carácter derechista que se ha atribuido al pensamiento de Schmitt, sino también para comprender el creciente interés que ha despertado entre los autores de izquierda³⁷. La

período, en el que la interferencia de la experiencia temporal sobre la representación espacial y figurativa alcanza un punto crítico”. G. MARRAMAO, *op. cit.*, p. 41. Extraña de todos modos que el propio autor haya pasado por alto el simbolismo temporal que encierra el concepto político de izquierda, teniendo en cuenta, por un lado, que se ocupa larga y detenidamente de conceptos íntimamente relacionados con él —tales como *revolución*, *progreso*, *emancipación*, *autonomía*— y por el otro, que un capítulo de su libro está dedicado a la propia izquierda.

37. Es Norberto Bobbio quien ha incluido a Carl Schmitt en un grupo de autores (Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger, Antonio Gramsci) que han atravesado una valla ideológica que en el pasado se pensaba infranqueable. Schmitt lo ha hecho de derecha a izquierda. N. BOBBIO, *op. cit.*, p. 51-52. Por su parte el pensador marxista José Aricó justifica la publicación de *El concepto de lo “político”* en una editorial de izquierda al pretender que el pensamiento de Schmitt “deje de ser patrimonio exclusivo de la derecha, o de la academia, y para que pueda medirse con los grandes enemigos de sus propuestas” y concluye

acogida de las tesis de Schmitt por parte de la izquierda es un capítulo de la ciencia política que aún no está cerrado, pero que ya posee un fuerte atractivo por lo que pudiera revelar. Puede verse entre los autores de izquierda un espectro de actitudes que van desde un rechazo cercano a lo histérico hasta una fascinación que recuerda la capacidad hipnótica que se les atribuye a algunos animales cazadores sobre sus presas³⁸.

Finalmente, la investigación sobre la distinción entre izquierda y derecha podría extenderse a otras obras del célebre jurista alemán. ¿En qué medida la eliminación de límites y líneas divisorias entre política y guerra, operada por Carl Schmitt en su *Concepto de lo político*, no permite a su tesis sobre la guerra moderna que se encuentra en la *Teoría del partisano*, invadir un territorio antes confinado? ¿Qué impide ver en el partisano un perfil no ya del combatiente moderno, sino del ciudadano en la sociedad democrática o del político actual? ¿Qué distancias separan a las facciones enfrentadas en una guerra civil de los partidos políticos en las democracias modernas?

Es asimismo posible extraer lecciones sobre la evolución y configuración histórica de la identidad de izquierda de su *Romanticismo político*, en lo que este movimiento tiene de reacción contra y continuidad con la Ilustración revolucionaria. En cualquier caso, Carl Schmitt pertenece a esa categoría de pensadores políticos fuertes que tanto admira y que amenazan con sus revelaciones las ilusorias pretensiones de seguridad en las que se refugian los hombres en todo tiempo y lugar:

pidiendo que su lectura sea llevada a cabo “con la comprensión y el espíritu crítico que el excepcional valor de su obra se merece”. J. ARICÓ, “Presentación”, en: C. SCHMITT, *op. cit.*, p. XXI.

38. En el primer extremo del espectro se encuentra R. DESAI, “Fetishizing Phantoms: Carl Schmitt, Chantal Mouffe and ‘The Political’”, en: A. B. BAKAN, E. MACDONALD (ed.), *Critical Political Studies. Debates and Dialogues from the Left*, McGill-Queen’s University Press, Montreal, 1996, p. 387-408. En el segundo se sitúa a la ya citada CH. MOUFFE, *The Return of the Political*, Verso, London, 1993. A medio camino, una perspectiva moderadamente crítica y muy lúcida puede encontrarse en G. MARRAMAO, *op. cit.*, pp. 157-172.

“Puesto que tienen a menudo en cuenta la esencialidad concreta de un enemigo posible, estos pensadores políticos revelan a menudo un tipo de realismo capaz de intimidar a los hombres necesitados de seguridad. Sin querer resolver el problema de las peculiaridades naturales del hombre, sí se puede decir que los hombres en general, al menos mientras las cosas vayan bien o de un modo pasable, aman la ilusión de una paz sin amenazas y no toleran a los “pesimistas”. No es por ello difícil a los adversarios políticos de una teoría política declarar *hors-la-loi*, en nombre de algún sector autónomo de la realidad, al conocimiento y la descripción lúcida de fenómenos y de verdades políticas, señalándolo precisamente como no moral, no económico, no científico y sobre todo —puesto que esto es lo que cuenta políticamente— como algo diabólico, que debe ser combatido”³⁹.

Héctor Ghiretti
Universidad de Navarra
hghirett@alumni.unav.es

39. C. SCHMITT, *op. cit.*, pp. 62-63.